

miniatura; la guardó en su cartera, y penetró en el salón del juego con la esperanza de enriquecerse en un momento.

La mercachifle, contenta de su compra, se acercó á ofrecer sus mercancías á otros varios que entraban revelando en sus alegres fisonomías que la suerte no habia sido ingrata con ellos.

Viendo á todos entretenidos, el campesino, que habia permanecido hasta entonces en un rincón, se levantó de su asiento y se dirigió á D. Diego, que estaba olvidado de todo el mundo.

--No se *achicopale* vd. D. Diego, que Dios aprieta pero no *ajorca*.

Dijo el ranchero en voz baja, acercándose al afligido esposo de Elisa: éste levantó la cabeza, y exclamó admirado.

--¡Don Pablo....! ¿Aquí vd?

--Sí.

--Pero ¿cómo?

--Le *vide* á vd. entrar en esta casa cuando nos *desapartamos*, y como cuando *golvi* por la *mesma* calle, me atajaron el paso unos hombres que estaban en la puerta, invitán-

dome á jugar, dije para mis adentros, ¿Juego D. Diego vino á echar *sus pasados por agua?* y me subí para *devisar* lo que en *ralidad* habia.

--¡Y ha visto vd....?

--Que se le ha *arrancado* (1) á vd. hasta el último *claco* (2).

--¡Oh....! he hecho muy mal en jugar.

--Por *de contado*: el hombre, y mas si tiene familia, debe cuidar lo que ha *alquirido*, y no por ambicionar oro, como el rey *Medias*, perderlo todo, como decia mi antiguo amo D. Miguel.

--Sí; el rey Midas, ambicionaba, es verdad, riquezas como el jugador.

--Yo no sabia que tenia vd. la *debelidad* de gustarle el libro de cuarenta hojas, porque entonces, en vez de darle á vd., le hubiera *emprestado* á su *probe* familia.

--¡Ah....! sí; soy un criminal.

Exclamó Diego ocultando el rostro entre las manos. Pablo, enternecido al ver su afliccion, y deseando consolarle, le dijo:

[1] Que se ha quedado sin nada.

[2] Moneda de cobre equivalente á un ochavo español.

--Vamos, no se *desafija* vd., pues por fortuna, su esposa y niñas no necesitan hoy de nada.

--¡Cómo!

--En el mismo instante que me *jallé* con vd., iba de mi parte un criado á presentar un regalo de pollos, huevos, fruta y otras cosas que *truje* de mi ranchito de Texcoco.

--¿Será posible....? ¡Ah....! á vd. le debo la vida y la felicidad: me salvó vd. en San Angel de la muerte, y ahora lleva vd. el consuelo á la familia de un infame jugador....

--A Dios es á *quen* se lo debe vd. todo, y no á mí.

--A él y á vd.

--Ademas ¿no decia vd. *endenantes* que hubiera sido *mas mejor* que le hubiesen dejado morir cuando le hirieron en San Angel?

--¡Ah!.... no sabia lo que decia.... el sentimiento de mi ruina me tenia loco.

--Por poco se *achahuisclan* (1) ydes.: el dinero *güelve* trabajando, pero la vida no

(1) Entristecen.

retoña. ¡Quererse ir al *joyo* (1) cuando tiene uno la virtud *mesma* por mujer y dos ángeles por hijos....!

--Tiene vd. razon.

--Lo que debe vd. *precurar* es salir de esta casa y no volver á poner jamas los piés en ella: contentarse con lo que le deja su trabajo, y de *altiro* (2) abandonar el juego.

--Ese es mi anhelo; pero despues de que haga algo; de que me ayude la fortuna acertando cinco albures á la dobla.

--Trabajando es mas segura la ganancia y se le toma sabor al dinero. Yo, D. Diego, no era mas que un triste indio *cuatro orejas*, criado de un excelente sujeto llamado D. Miguel, y con mi *hombria de bien*, y teniendo, *con perdon de usté*, menos talento que un burro, he llegado á *alquirir* un ranchito que está á su disposicion, y vivo á gusto, aunque *probemente*, en union de una esposa á quien nunca he dado el mas ligero disgusto, ni ella á mí, á Dios gracias. Pues si esto he conseguido yo á *juerza* de trabajo,

(2) Al sepulcro.

(1) Completamente.

y que soy, mala es la *comparanza*, mas caballo que mi caballo, qué no haria vd. que es *sabijondo*, sabe *escrebir* y es mas *talentudo* que *Titolivo*.

—Es que para hacer fortuna, mas vale ser honrado y trabajador, que un *Titolivio*.

—¿Es decir que se *jınca* vd. en seguir jugando?

—Hasta que haga una *bolichada* nada mas.

—Entonces nada tengo que hacer aquí: voy á ver si su familia de vd. ha recibo el corto presente que le envié, y me retiro, diciéndole á vd. que si pierde, y en *cualisquiera* apuracion que tenga, no tiene mas que avisarme, que mi ranchito de *Texcoco* está á su disposicion.

—Gracias, D. Pablo: tiene vd. un excelente corazon.

Y el campesino se alejó dispuesto á hacer cuanto bien le fuera posible por la virtuosa familia de aquel desgraciado.

Diego, avergonzado de sí mismo, pero sin poder apartar de su imaginacion sus quiméricos proyectos de juego, se quedó abatido y pensativo.

Doña Anita, que iba á acercarse á él, se detuvo al ver al doctor Willey que llegaba en aquel momento, y que dirijiéndose á Diego le dijo:

—¿Qué hace vd. tan cabizbajo, D. Diego? ¿Le han dejado á vd. acaso sin blanca?

—Sin un real; sin nada absolutame, señor Willey.

—¿Y no quiere vd. seguir jugando?

Doña Anita se puso á escuchar la conversacion.

—¿No le digo á vd. que he perdido todo?

—No se pierde todo cuando hay amigos que puedan disponer de algo. ¿Quiere vd. que le preste dos onzas? Aquí las tiene vd.: juegue vd. *mayores*, y estoy seguro de que se desquitará vd.: es lo que se está haciendo en este momento.

La mercachifle se sonrió maliciosamente de la generosidad del doctor.

Don Diego vió el cielo abierto: su fisonomía, poco antes abatida y pálida, brilló con la luz de la esperanza.

—Gracias, señor doctor;—exclamó con

indecible gozo:—voy á jugar lo que vd. me aconseja.

—Le aseguro á vd. que entonces ganará.

—Así le pagaré á vd. pronto.

—Eso no corre prisa: cuando vd. pueda y quiera.

—¡Um....!

Murmuró Doña Anita fingiendo arreglar sus mercancías.

—Voy, pues, á aprovechar el momento.

Adios, generoso amigo.

—Adios, D. Diego.

Dijo el doctor alargándole la mano.

Doña Anita, que no habia perdido ni un solo movimiento de ambos, dijo interiormente, viendo que aun seguian estrechándose la mano y dirijiéndose lisonjeras palabras de amistad.

—Cuando un hombre regala dinero á otro que tiene mujer bonita, no trata seguramente de observar el noveno mandamiento de la ley de Dios.

—Si pierde vd. lo que lleva, vuelva vd. á verme.

Dijo el doctor á Diego.

—Gracias.

Contestó éste, y dando el último apretón de mano á su falaz amigo, y olvidando los consejos de Pablo, se dirijió al salon en que jugaban.

Willey, al verle alejarse, se sonrió malignamente, y dijo para sí.

—Ve, imbécil, á jugar, que mientras te entretienes con la sota y el caballo, yo entraré en tu casa sin que haya ningun testigo que me impida hablar con Elisa. Pero antes voy á cerciorarme de que te quedas entregado al juego.

Y Willey se dirijió á la sala de juego, poco despues de Diego, para ver si podia ir sin riesgo á casa de Elisa.

Doña Anita, al verle desaparecer, y como si adivinase el pensamiento que le dominaba, exclamó:

—¡Um....! este doctor algo intenta.... ¿Tendrá la esposa de D. Diego, como decia mi difunto, un *lapsus linguae*?

Y la mercachifle se entregaba ya á conjeturas avanzadas, que se disponia á poner en conocimiento de su amiga Crucecita en

cuanto la viera, cuando se abrió una puerta de uno de los cuartos contiguos á la pieza en que se hallaba, dando salida á Duval que se dirigia á la sala de juego.

—¿Me compra vd. estas pulseras que me han dado á vender....?

Le dijo Doña Anita presentándose al paso.

—Cuando me case.

—Entonces tengo mala esperanza.

—¿Pues qué, me juzga vd. incasable?

Dijo riéndose Duval.

—A vd. no; pero sí á ella con vd.

—¿Cómo....! ¿quién es ella....?—exclamó Duval, picado en su curiosidad:—Vd. conoce....

—¿A Clotilde....? ¡Vaya....! Como que la he visto entrar á casa de mi vecinito Leopoldo.

—¿Vd. es vecina de Cabrera?

Preguntó Duval con marcado interes.

—Vivo en la vivienda próxima, y visito á su mamá, que como conoce mis antecedentes y sabe que soy toda una señora....

—¿Y en qué se funda vd. para creer que Clotilde no se casará conmigo?

—En que la mamá de Leopoldo me ha dicho que lo único que se oponia al enlace de su hijo con Clotilde, era una acusacion contra su padre, y que esta acusacion está destruida con un cuaderno manuscrito que allí tienen, cuaderno que no deja duda de su inocencia, el cual piensan entregar á tiempo oportuno al señor Landeta.

—¿Un cuaderno?

—Sí señor.

—¿Que destruye la acusacion contra el padre de Leopoldo?

—Sí señor.

—¿Y qué no deja duda de su inocencia?

—Sí señor.

—Pero ¿cómo ha llegado ese cuaderno á manos de Leopoldo?

—Porque se lo ha dado su amigo Nuñez, un jóven rubio, muy guapo, que es muy galante conmigo y que improvisa versos con una gracia....

—Ya.

—Y que tiene mucho valor, como que para apoderarse de ese cuaderno expuso su vida.

—¿Sí?

—Figúrese vd. que pasaba por una calle, cuando oyó gritos dentro de una casa y vió sobre la tapia del jardín á un hombre que trataba de huir: entonces sacó su espada, y cuando aquel saltaba y Nuñez se lanzaba á aprehenderle, disparó sobre él un pistoletazo otro hombre que estaba escondido en la puerta de la acera de enfrente.

—He oido algo de eso.

—Por fortuna la bala no le tocó; y hubiera seguido á los malvados á no haberle llamado la atencion una cosa blanca que miró tirada en el suelo, y que se detuvo á recogerla.

—¿Y aquel objeto....?

—Era el cuaderno que le he dicho á vd., y que revela la inocencia del padre de Leopoldo.

—¿Y no sabe vd. cuándo piensan entregarlo al señor Landeta?

—No lo sé á punto fijo; pero estoy segura que será muy pronto.

—¿Es decir que se proponen robarme mi felicidad?—Dijo Duval con marcada inquie-

tud; y cambiando de repente de tono, y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, añadió.—Pero eso es imposible: todas las pruebas están contra el padre de Leopoldo; y ese cuaderno de que vd. me habla, será obra, sin duda, de mi rival, para engañar al señor Landeta.

—No lo crea vd.: la mamá de Leopoldo es muy buena; y estoy segura de que me ha dicho la verdad, porque como sabe que soy una señora, y que por lo mismo puede confiármelo todo....

—¡Ojalá fuese cierta la inocencia de Cabrera!—exclamó con refinada hipocresía Duval, para sacar partido de ella:—Entonces yo mismo seria quien se interesase en que su hijo alcanzase, en premio de lo que sufrió, la mano de la mujer que amo.

—¿Seria vd. capaz de ese sacrificio?

Preguntó Doña Anita admirada.

—Yo prescindo de mi dicha por la del objeto que amo; y repito que si estuviese convencido de esa vedad....

—Nada hay mas fácil.

—¿Cómo....!

—¿Quiere vd. que le pida el cuaderno para que vd. lo vea?

—¿Cree vd. que se lo daría?

—Sin duda: de mí hace una confianza ciega, pues como ya conoce que soy toda una señora....

—Pero....

—Yo creo que en asegurándole que vd. desea verlo para prescindir de su empeño...

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería difícil que creyesen en mi sinceridad, y en la abnegación á que estoy dispuesto.

—Entonces....

—Mejor sería que yo viese el manuscrito sin que Leopoldo ni nadie lo supiera.

—¿Cómo!

—No podría vd. traérmelo, sin que él entendiese nada, y llevarlo luego para colocarlo en el mismo sitio que lo tiene?

—Lo que es poder, sí; porque como saben que soy toda una señora, entro y salgo en todas las piezas como si estuviese en mi propia casa, sin que nadie desconfie de mí.

—Bien.

—Pero....

—¿Pone vd. obstáculo?

—Que quiere vd.... yo tengo mis ideas... como soy una señora....

—Pero ¿en qué se opone ese paso á....

—En que es clandestino, opuesto á la educación que he recibido: pues ya vd. ve, que una que es verdaderamente señora, como yo soy, no debe....

—Pero cuando se trata del bien de la humanidad; de prestar un importante servicio á una familia calumniada; de hacer feliz á un joven, á quien desde este instante aprecio, las personas bien educadas, las que se hacen superiores á las preocupaciones del vulgo, las que son verdaderamente señoras, no se detienen en nada, bien convencidas de que el fin justifica los medios.

—Eso es mucha verdad.

—¿Le había yo de proponer de otra manera á vd., que es toda una señora, el favor que solicito?

La mercachifle sintió halagado su amor

propio al ver que la decían que era toda una señora, y agradecida á esa palabra que lisonjeaba su vanidad, contestó:

—Con efecto, bien visto, es una obra buena, y bien puede una señora....

—Mientras vd. se decide:—dijo Duval sabiendo que nada inclina mas que el dinero—le compraré á vd. las pulseras: ¿cuánto valen?

—Quieren una onza.

—Ahí la tiene vd.

Doña Anita quedó agradecida á la franqueza con que compraba su interlocutor.

—¿Y no tiene vd. otra cosa?

Añadió Duval tratando de tener de su parte á aquella mujer.

—Este anillo.

—Me gusta: ¿qué es lo que pide vd. por él?

—Ocho pesos.

Duval se puso á mirarlo, y dijo mientras lo examinaba.

—¿Tendré la dicha de que me proporcione vd. ver por un instante ese cuaderno?

—¿Pero me lo volveré á llevar inmediatamente?

Contestó la mercachifle inclinada á obsequiar el deseo de tan generoso comprador.

—En el mismo instante.

—Porque ya ve vd., como soy una señora, no sería justo que....

—¿Y cuánto vale este anillo?

Exclamó Duval cortando la palabra y mezclando la conversacion sobre el cuaderno con la del anillo para disimular de esta manera el interes por el primero.

—Cinco pesos.

—Téngalos vd. Con que ¿puedo contar con que se tomará vd. la molestia de traerme el manuscrito, por un solo momento?

—Pero me lo vuelvo á llevar en seguida.

—Inmediatamente.

—Pues bien, supuesto que es con el objeto de hacer una buena accion, voy por él ahora mismo. ¡Ah....! ¿no quiere vd. comprarme estos botones de camisa?

—Cuando vuelva vd. se los compraré.

Dijo Duval impaciente por ver el cuaderno.

Doña Anita salió contenta de la venta de sus alhajas, y discurriendo la manera de apoderarse, por un momento, del cuaderno, sin ser vista.

—En esto no hago mal á nadie;—iba diciendo cuando bajaba la escalera:—al contrario: este señor lleva, en ver ese manuscrito, el fin mas noble. Además de que, lo que contiene es honroso para la familia de Leopoldo; cosas que él quisiera que las conociese todo el mundo, de modo que en nada se rebaja con este paso mi dignidad de señora.

Duval, contento del servicio que le iba á prestar Doña Anita, y sobresaltado á la vez con el temor de que si no se apoderaba del cuaderno, se descubriese la inocencia del padre de Leopoldo, como aseguraba la mercachifle, quedó meditando un rato. Luego, llamando á uno de los criados que andaba por allí, le dijo:

- ¿Has visto al doctor Willey?
- Si señor: está en el salon del juego.
- Dile que tenga la bondad de venir á

verme: que le espero ahí dentro, en mi gabinete.

El mozo marchó á cumplir con la orden, y Duval penetró en la pieza de donde le vimos salir.

Doña Anita, entre tanto, se dirigia hácia su casa cuando se encontró en la calle con su amiga y vecina Crucecita.

—¿A dónde va vd., Doña Anita?

—A un asunto de la mayor importancia.

—¿Muy lejos?

—A casa; pero entremos á este portal, mi alma, porque está haciendo mucho viento, y le contaré á vd. lo que pasa.

—Sí, sí.

Y las dos antdiluvianas amigas entraron en un espacioso portal para ocuparse del prójimo.

Tan embebecidas estaban en su conversacion, que no vieron que el cielo se empezaba á poner negro, y que caian algunas gruesas gotas de agua, indicando uno de esos fuertes aguaceros tan notables en México.

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuracion, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros á ocuparnos de otros personajes que interesan á nuestra historia.

CAPITULO VII.

Un plan.

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego adonde habia seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero?

Le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora.

—¿Y se lo ha entregado vd. al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.